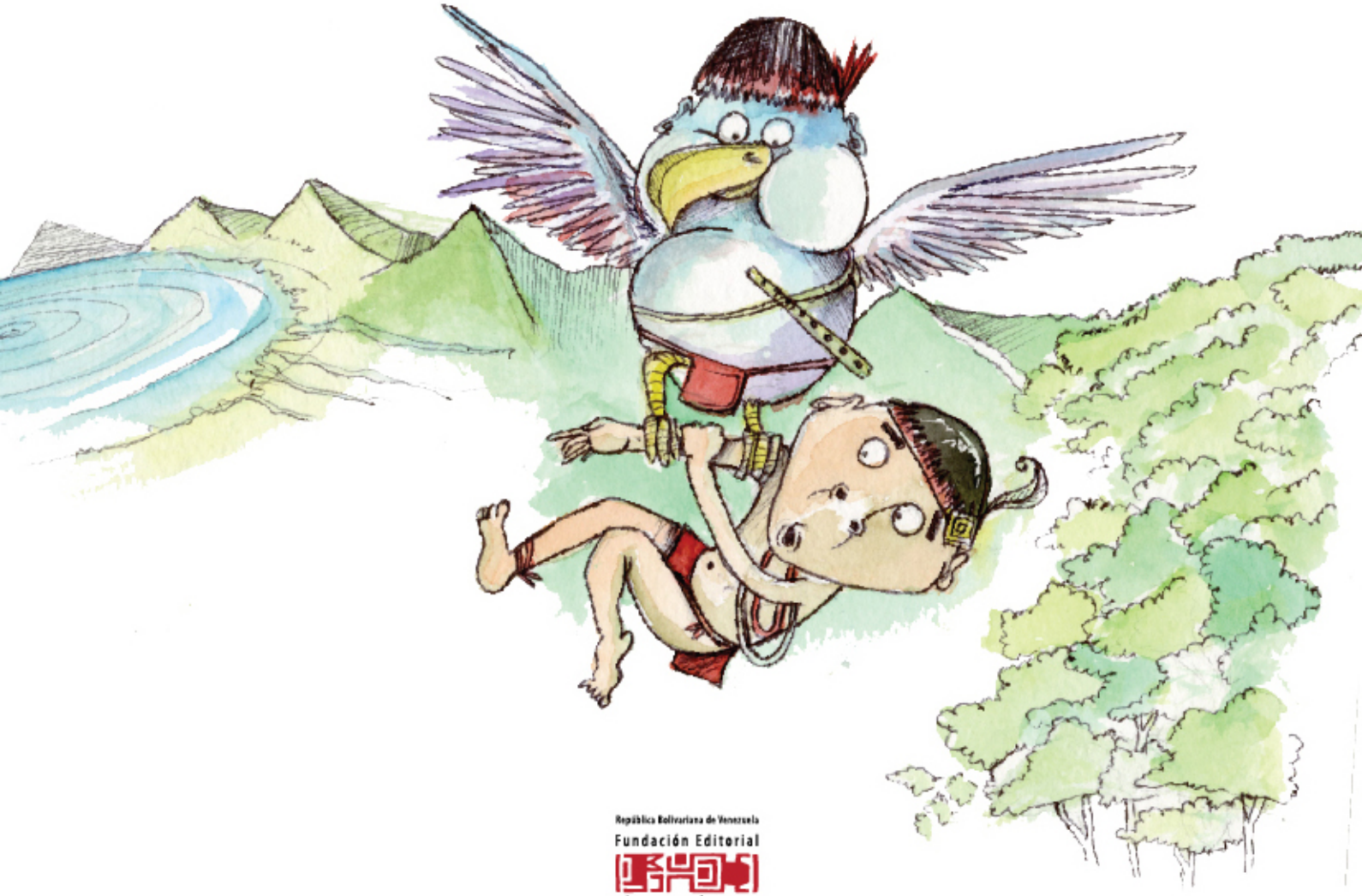
7-11 años
El gallo pelón
COLECCIÓN Caminos del SUR

Anónimo

Kororomani
(El inicio warao)

Versión de Edgar Abreu
Ilustrado por Henry Rojas



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

Anónimo

Kororomani
(El inicio warao)

Literatura warao

Versión de Edgar Abreu

Ilustrado por Henry Rojas

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Misión Cultura
Corazón adentro

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
elperroylarana

© De la versión: Edgar Abreu
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2016
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio.
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: (0212) 7688300 - 7688399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de colección
Mónica Piscitelli

Ilustraciones
© Henry Rojas

Edición
Edgar Abreu

Corrección
Erika Palomino Camargo

Diagramación
Henry Rojas

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal
ISBN 978-980-14-3280-7
IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

Feliz Navidad 2016

Colección Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa.

Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

El *gallo pelón* es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos. El lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

Los *siete mares* es la serie que trae colores de todas las aguas, viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.

La presente leyenda Kororomani (El inicio Warao) fue extraída de *Literaturas indígenas venezolanas* de Fray Cesáreo de Armellada y Carmela Bentivenga de Napolitano. Desde allí, se construyó una versión, respetando en todo momento el contenido original, pero realizando las modificaciones necesarias para adaptarla a lectura de los niños. La selección de la leyenda se llevó a cabo partiendo de la premisa de que la mitología y las historias de los pueblos originarios indígenas forman parte esencial de nuestra cultura, y deben ser difundidas por todos los medios posibles, para mantener viva la memoria y darle aires frescos a nuestra identidad.

El primer mundo de la tierra

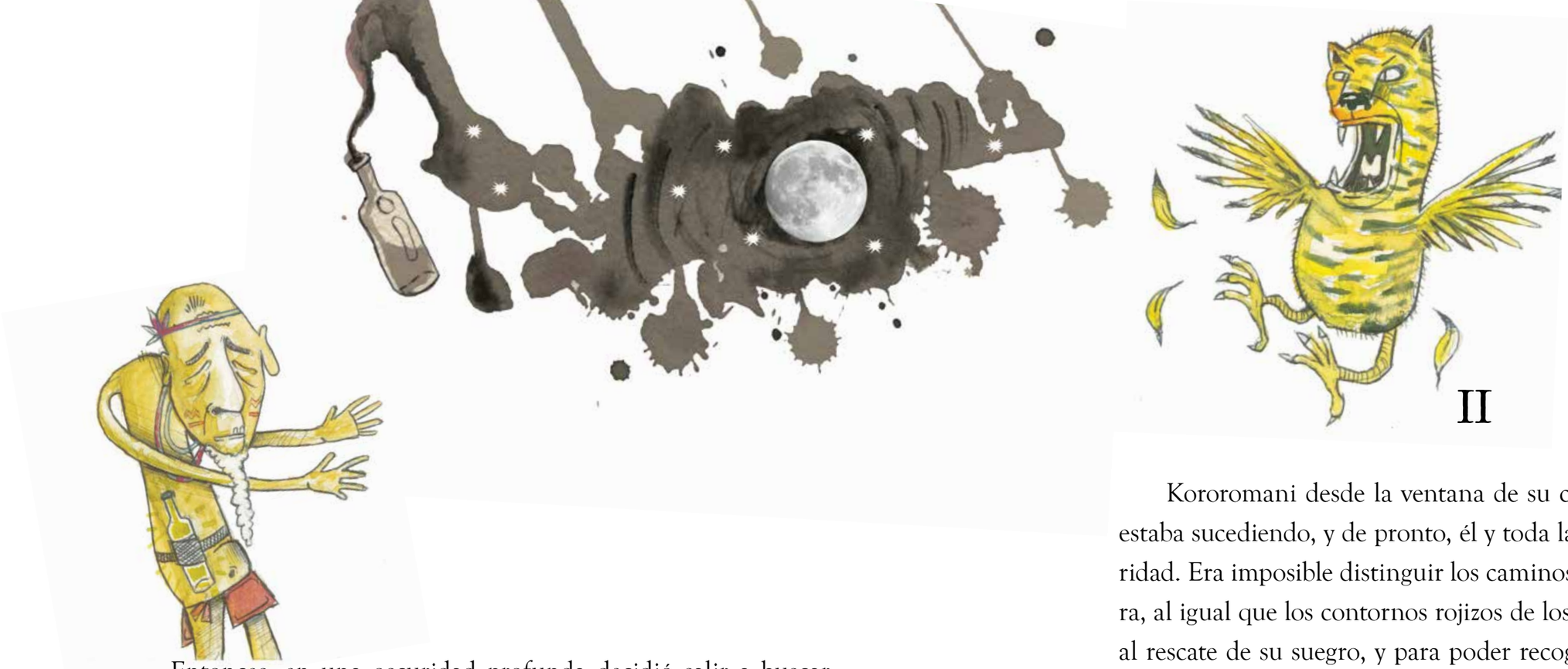
I

En el inicio de los tiempos, mucho antes de la luna y del sol, existió un hombre llamado Kororomani, cuya pasión eran los enormes árboles de la selva y sus colores brillantes. Kororomani era un amante de la naturaleza y de su armonía. Un día contemplando un inmenso árbol, vio venir por los caminos espesos a Sinabimi, una hermosa mujer de cabellos limpios y largos como las corrientes de los ríos en los que Kororomani había crecido. Al ver tanta belleza no pudo resistirse a la atracción, y se enamoró. Sinabimi había abandonado a su primer esposo, y estaba buscando al igual que Kororomani una compañía para compartir el asombro y las maravillas de la vida. Pero, desafortunadamente este amor no dio frutos, y después de un tiempo juntos decidieron separarse.

El nacimiento del día y la noche

I

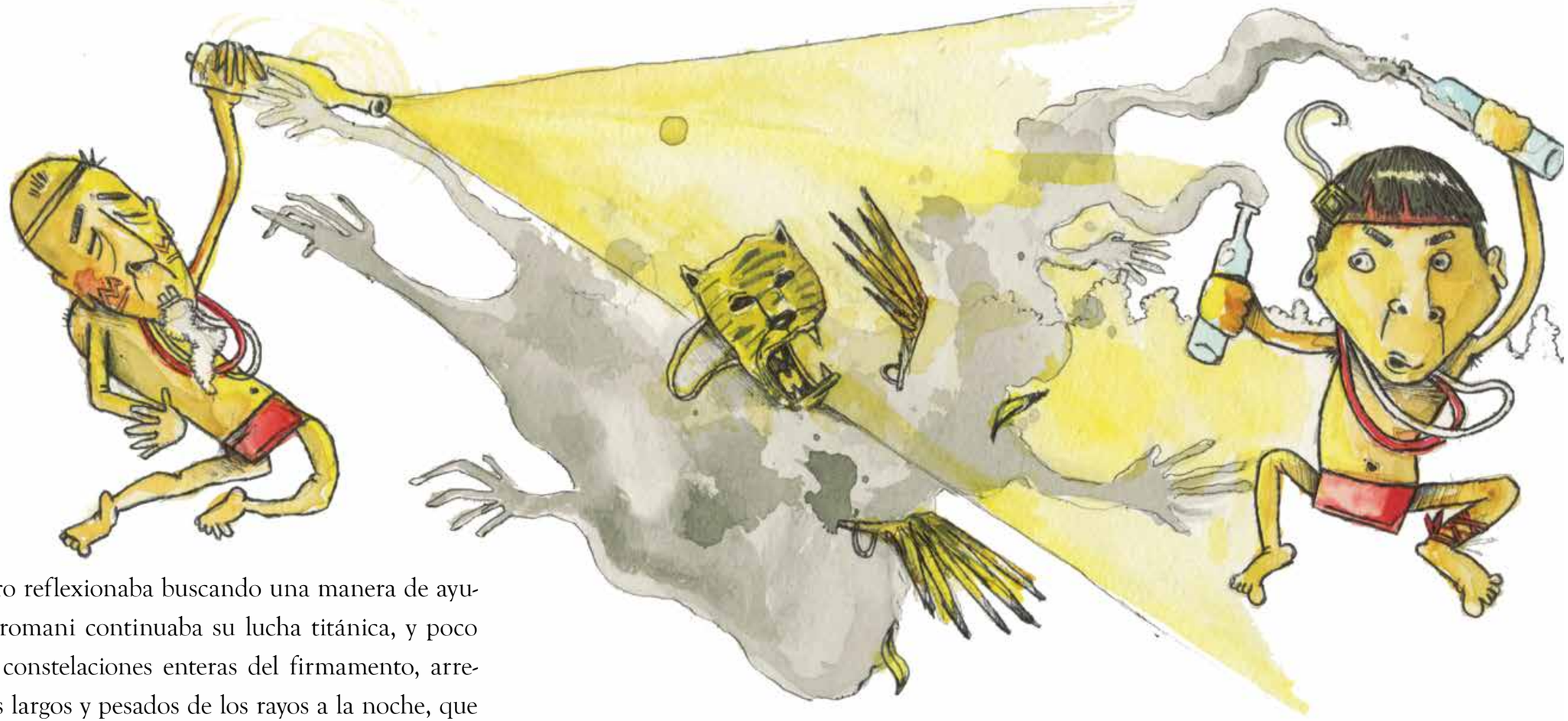
La hermana de Sinabimi se llamaba Nakahedami y era igual o mucho más hermosa, poseía con mucha más fuerza el don de la atracción. La primera vez que vio a Kororomani le llamó mucho la atención, y esto creció en ella hasta convertirse en un amor inmenso. El hombre warao retribuyó ese amor con el suyo y, como nada les impedía estar juntos, decidieron unir sus vidas. En esos tiempos, la pareja vivía en casa de sus suegros antes de formar una familia, y por ello Kororomani conoció al viejo padre de Nakahedami, un hombre sabio que le abrió las puertas de su casa y le brindó su confianza. Cuando la pareja se mudó a una casa propia, el viejo no soportó la ausencia de su hija, y sufría por no tenerla cerca.



Entonces, en una oscuridad profunda decidió salir a buscarla. Kororomani y Nakahedami compartían sus primeros días en su nuevo hogar, cuando vieron venir a lo lejos al viejo, tembloroso y con los ojos perturbados. Pensando cómo disuadirlo, Kororomani tomó dos botellas que tenía ocultas desde niño, en una de ellas tenía contenido el día, y en la otra, la noche. Se las dio a su suegro como un presente a cambio de que se marchara y los dejará vivir en paz. El viejo al ver las maravillosas botellas estuvo de acuerdo con el trato, y regresó feliz a su casa. Pero en el camino un agresivo pájaro-tigre trató de quitarles las botellas, y aunque el anciano luchó furiosamente, el pájaro-tigre en un arrebato tomó la botella de la noche, la cual el viejo había destapado. Así fue como en un instante se hizo la noche.

II

Kororomani desde la ventana de su casa se percató de lo que estaba sucediendo, y de pronto, él y toda la tierra se rodeó de oscuridad. Era imposible distinguir los caminos y los colores de la llanura, al igual que los contornos rojizos de los ríos. Kororomani se fue al rescate de su suegro, y para poder recoger todo aquel manto de noche surcado por estrellas y cometas, llevó consigo diez botellas, y con suma paciencia y trabajo fue represando la oscuridad, absorbió las estrellas y las constelaciones, luchando con los rayos y la fuerza de los vientos. El viejo contemplaba aquella escena con asombro, de cuclillas sobre la tierra, veía cómo Kororomani movía las botellas rápidamente con dirección al cielo, y apuntaba hacia los grandes agujeros negros y los vacíos que dejaban en el espacio. Tanto esfuerzo y sacrificio por su culpa y terquedad.

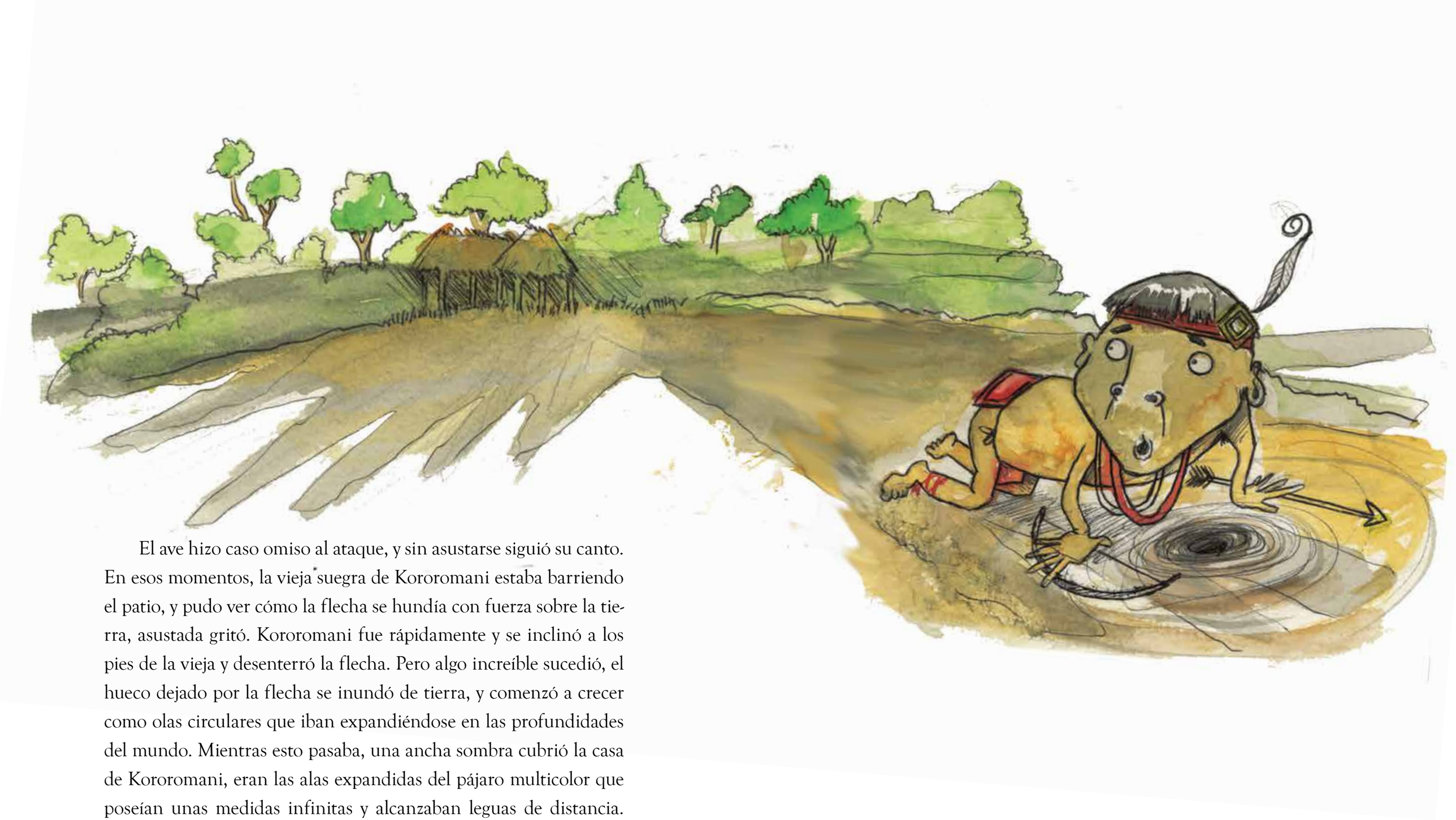


Mientras el suegro reflexionaba buscando una manera de ayudar a su yerno, Kororomani continuaba su lucha titánica, y poco a poco iba vaciando constelaciones enteras del firmamento, arrebatándole los cuerpos largos y pesados de los rayos a la noche, que se resistía a desaparecer y extendía sus brazos para sujetarse de los grandes árboles de la selva, penetrando montañas y cuevas, y rodeando todos los valles del mundo. El viejo se desesperaba y sentía culpa por haber permitido que se liberara aquella inmensidad, y en un momento de angustia destapó la botella del día. Antes de que se asomara la luz, Kororomani había logrado embotellar toda la noche, y agotado al extremo se desplomó sobre la tierra. Luego de unos segundos abrió sus ojos lentamente, esta vez para ver cómo nacía el día.

De pronto, en medio de la luz, pudieron ver cómo saltaba el supuesto pájaro-tigre de su escondite en la cima de un árbol, y perdía su disfraz en el impulso. Aquel pájaro-tigre era un hombre, un impostor que decidió jugarle un mal rato a Kororomani y a su suegro, pero gracias a la luz del sol se descubrió el engaño, y por ello Kororomani no embotelló el día. Los dos hombres se fueron tranquilos a sus casas: Kororomani a la alta colina sobre el mundo, que existía en ese entonces, y el viejo, a su hogar en la extensa llanura.

El pájaro mágico

Un día un pájaro misterioso y multicolor se posó repentinamente sobre un árbol enorme que rodeaba la casa de Kororomani. El animal comenzó a entonar una melodía que parecía contener todos los sonidos de la selva mientras picoteaba las hojas y se balanceaba de rama en rama. Sus plumas poseían todas las corrientes cromáticas del arcoíris, y de un azul plateado se transformaban en un ocre rojizo que a la distancia lo hacía llamativo. Kororomani deseoso de poseer aquel plumaje para adornar sus vestidos y tener algunas para sus maracas, decidió cazarlo. Tomó una flecha liviana y puntiaguda y se la disparó apoyándose en las raíces retorcidas del imponente árbol, pero no logró alcanzarlo, y la flecha se desvió mientras en el vuelo parecía desaparecer.



El ave hizo caso omiso al ataque, y sin asustarse siguió su canto. En esos momentos, la vieja suegra de Kororomani estaba barriendo el patio, y pudo ver cómo la flecha se hundía con fuerza sobre la tierra, asustada gritó. Kororomani fue rápidamente y se inclinó a los pies de la vieja y desenterró la flecha. Pero algo increíble sucedió, el hueco dejado por la flecha se inundó de tierra, y comenzó a crecer como olas circulares que iban expandiéndose en las profundidades del mundo. Mientras esto pasaba, una ancha sombra cubrió la casa de Kororomani, eran las alas expandidas del pájaro multicolor que poseían unas medidas infinitas y alcanzaban leguas de distancia. Así la criatura alzó vuelo dejando tras de sí el enorme orificio por donde ya se podía ver toda la llanura.

El descenso de Kororomani

Kororomani no sabía qué hacer con el enorme hueco que se había abierto en el patio de su casa, y se alejaba cada vez más para evitar caer en sus entrañas, mientras a la distancia, su suegra bajaba de prisa la colina, gritando por todas partes lo que estaba sucediendo. Los colores más extraordinarios de la tierra adornaban los ojos de Kororomani, que extasiado podía distinguir las raíces de los árboles guindados en los precipicios. El asombro y la curiosidad lo llevaron a buscar una cuerda larguísima que guardaba en su casa para momentos especiales. De esta manera, se asomó cautelosamente y la lanzó hasta el vacío de lo que parecía ser un mundo inferior y desconocido.

Poco a poco pudo descender a lo más profundo, y olió de cerca los aromas de la tierra recién abierta, su humedad cargada de frío y vapores. Pero la curiosidad lo llevo más allá, y siguió bajando hacia los valles de ese mundo donde encontró innumerables animales, entre ellos manadas de cochinos silvestres y acures enormes que dejaban huellas telúricas sobre la tierra, también tropezó con todo tipo de árboles y plantas, con frutos enormes y exquisitos que adornaban las frondosas copas. Hasta que a lo lejos distinguió un grupo de pobladores que preparaban una casería, y decidió ascender a la colina. De regreso a su hogar contó a Nakahedami todo lo que había en ese mundo, hasta convencerla de ir a vivir allá.

El viaje al mundo inferior

Un día Kororomani y Nakahedami junto a la comunidad, decidieron organizar el viaje. Prepararon todo lo que podían llevar, entre ello abundante casabe y frutos, aunque Kororomani insistía a todos que al mundo donde iban no le faltaba nada. Todos colaboraron en la organización y se dieron a la tarea de construir cuerdas resistentes para descender. Entre las mujeres que querían bajar, se encontraba Sharama, una joven embarazada que vivía sola en la parte más alta de la colina. Sharama daría a la luz próximamente, sin embargo quería bajar. Luego de varios días llegó el momento de ir al mundo inferior. Nakahedami y Kororomani fueron los primeros, luego les siguieron sus padres, hasta que casi toda la comunidad estaba en camino.

Sharama poseía la cuerda más resistente, con algunas dificultades comenzó el descenso. En el mismo instante que estuvo suspendida, el agujero se estremeció y las raíces de los árboles abrazaron la tierra con fuerza. Sharama comenzó a inflarse como una burbuja gigante, mientras su rostro cambiaba de color y sus ojos parecían dar vueltas, sus piernas y brazos se hincharon tanto que no pudo descender y quedó atascada al inicio del agujero, tapando todo el camino. Los que esperaban arriba con sus cuerdas, se pusieron de acuerdo y con un enorme tronco trataron de empujarla, y aunque lo hacían con mucha presión no lograron sacarla, y Sharama con su cuerpo hecho un globo se quedó allí suspendida para siempre, y se transformó en la estrella de la mañana.

El nacimiento de la maldad

En la alta colina todo parecía deshabitado y distante, porque algunos animales de la montaña también habían descendido, y la soledad se apoderó de los enormes árboles y de la selva. Sin embargo, una minoría de mujeres y hombres se quedaron junto a Sharama (la estrella de la mañana). Entre ellos estaba el Piamán, un ser con poderes sobrenaturales que no soportaba el haberse quedado prácticamente solo. Por ello decidió invocar dos viejos espíritus malignos para vengarse de Kororomani y de todos lo que se habían ido. En un ritual mágico hizo aparecer dos sombrías criaturas, sedientas de perturbar y acabar con la vida y con la naturaleza humana.

Por su forma gaseosa, los dos espíritus se internaron con facilidad por el agujero y llegaron al mundo inferior. Su plan era matarlos a todos y regresar a donde estaba el Piamán en la colina. Los dos entes malignos lograron perseguir y capturar a mucha gente, arrebatándoles el aliento con sus manos alargadas y tenebrosas. Pero no pudieron matar a Kororomani y a Nakahedami, ni a sus padres ni familiares cercanos. Hasta ese momento no existía la maldad ni la muerte sobre la tierra, pero el Piamán se encargó de crearla desde el otro lado del mundo, y por mucho tiempo envió innumerables plagas cargadas de odio para asolar la tierra y cegar la vida.

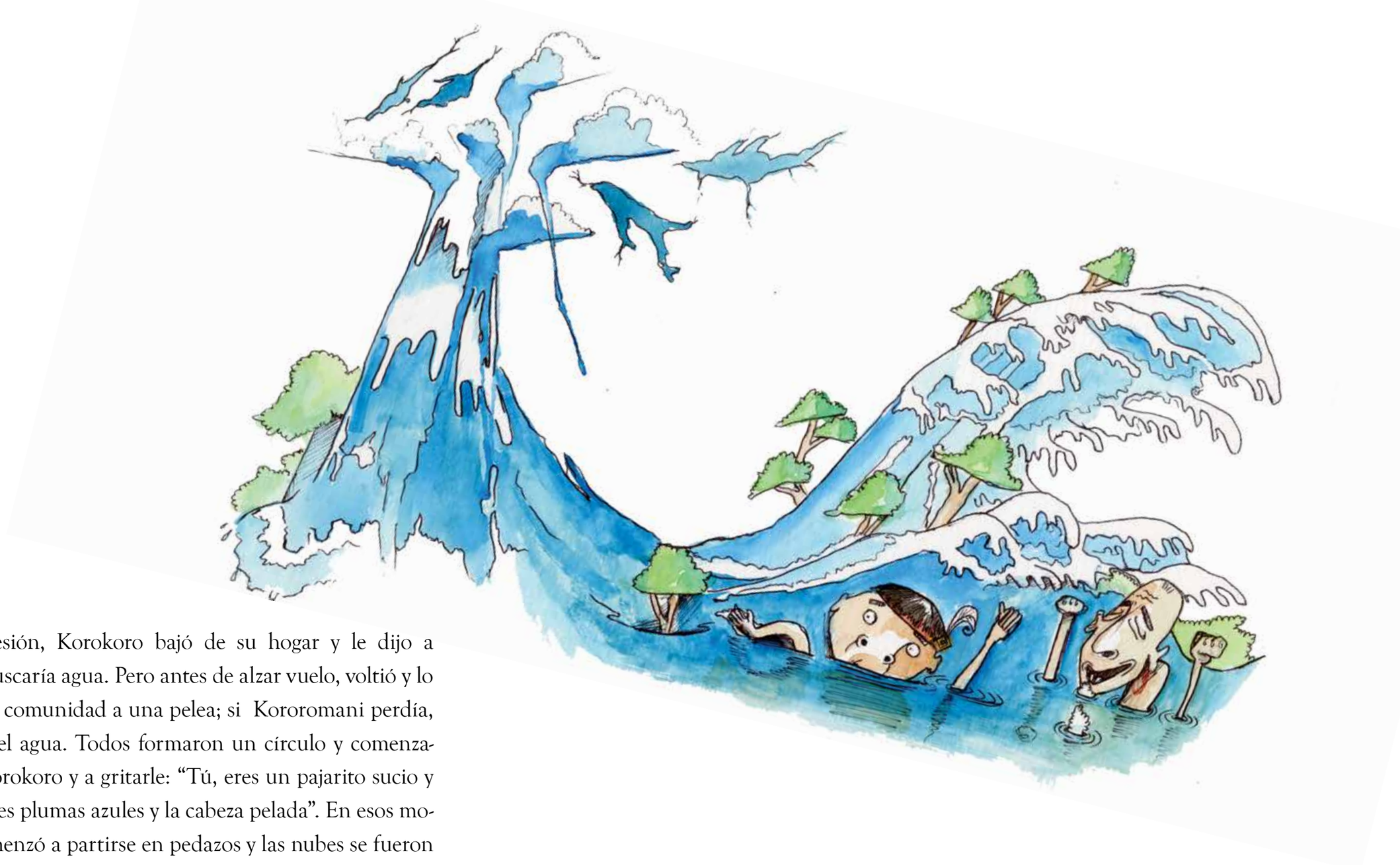
Killicow y el agua invisible

Aparte de la maldad y la muerte, Kororomani tuvo que afrontar otros problemas, como el no encontrar agua en ningún rincón del mundo. Todo el valle estaba lleno de animales y árboles majestuosos, pero los ríos parecían estar debajo de la tierra fluyendo como venas en camino a una fuente inagotable. Entonces fue fácil para Kororomani saber que si hacía pequeños hoyos tendría agua en sus manos, y con esta idea en la cabeza decidió un buen día cavar huecos alargados y profundos sobre la tierra. Miles de ellos se expandieron por el valle como un rosario de oscuros y barrosos ojos. Hasta que una buena mañana comenzaron repentinamente a brotar chorros serpenteantes de agua, pero antes de caer sobre la tierra, el agua desaparecía y ni Kororomani ni nadie podía beberla.

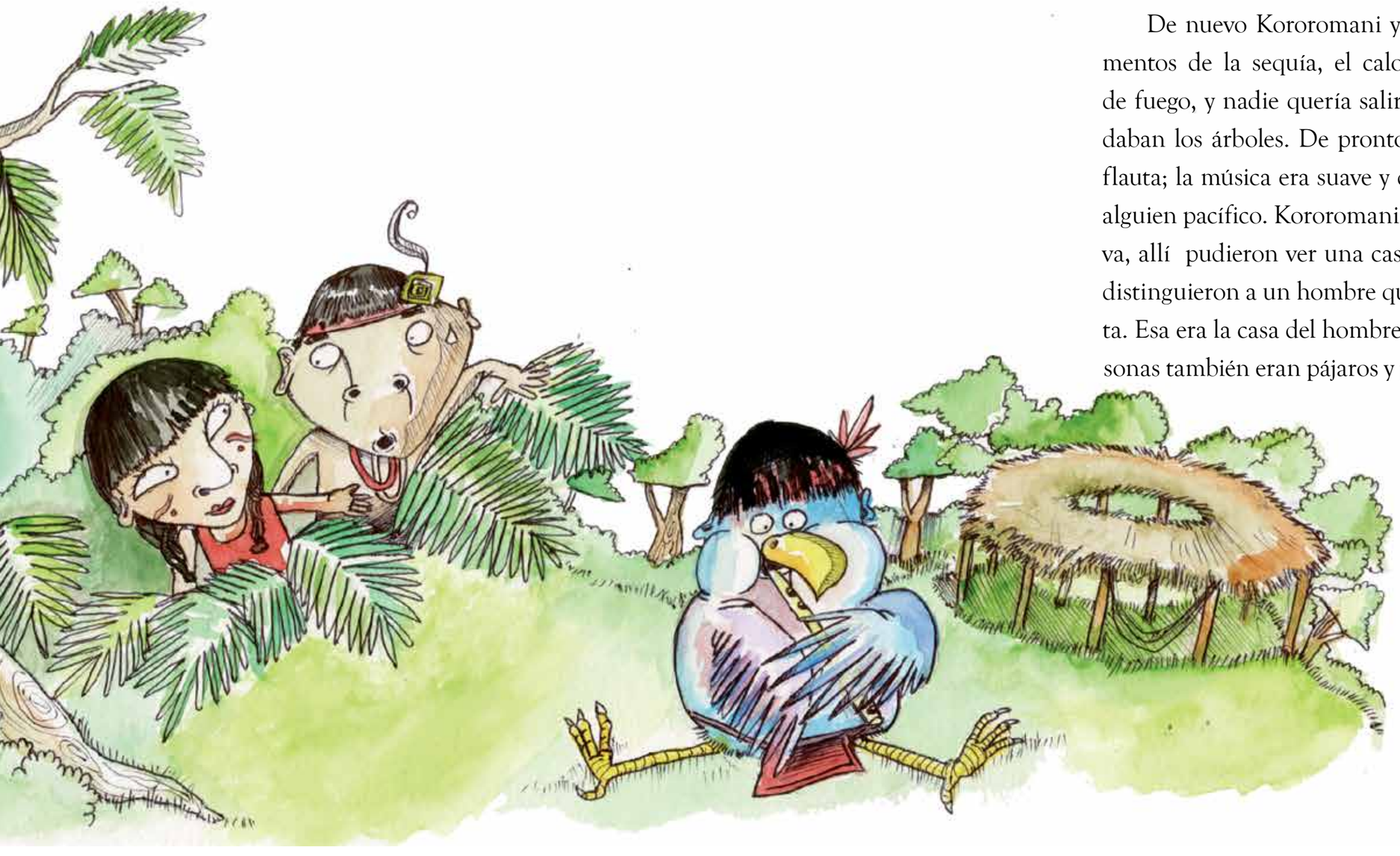
Todos estaban sorprendidos y no sabían cómo entender lo que sucedía. Varios días permanecieron tristes, hasta que apareció el pájaro Killicow (que a su vez era un hombre) poseía enormes alas como brazos, y un plumaje exuberante. La comunidad le pidió a este hombre-pájaro que encontrara agua. Entonces Killicow expandió sus alas y se elevó por los cielos, y recorrió todo el valle desde la alturas hasta que encontró una raíz gigante, alrededor de la cual había un pozo de agua cubierto de hojas. Killicow tomó algunas gotas y regresó a darle la noticia a Kororomani. Pero cuando fueron al pozo, toda el agua se había secado.

La primera inundación del mundo

El agua seguía sin aparecer y la gente frustrada se amontonaba bajo las sombras de los árboles para evitar el calor vaporoso que emergía de la tierra. Avanzó los días lentamente y Killicow se negaba a seguir buscando, ya el mismo empezaba a sentir la deshidratación y su plumaje brillante se opacaba poco a poco. Un buen día Kororomani escuchó una música proveniente de la cima de un árbol y observando con detenimiento pudo ver la casa del hombre-pájaro, Korokoro. Kororomani comenzó a hacerle señas para que bajara, pero Korokoro no quería que nadie perturbara su paz, y cerró las puertas de su casa. Entonces, Kororomani le lanzó terrones de tierra.



Al ver la agresión, Korokoro bajó de su hogar y le dijo a Kororomani que buscaría agua. Pero antes de alzar vuelo, voltió y lo retó a él y a toda la comunidad a una pelea; si Kororomani perdía, Korokoro iría por el agua. Todos formaron un círculo y comenzaron a empujar a Korokoro y a gritarle: "Tú, eres un pajarito sucio y come gusanos, tienes plumas azules y la cabeza pelada". En esos momentos el cielo comenzó a partirse en pedazos y las nubes se fueron deshilachando en agua, y nació una inundación. Todos se bañaron y bebieron hasta saciarse, y de tomar tanta agua se quedaron dormidos. Al otro día, poco a poco despertaron creyendo que habían soñado la inundación porque ya sobre la tierra no había ni una sola gota de agua.



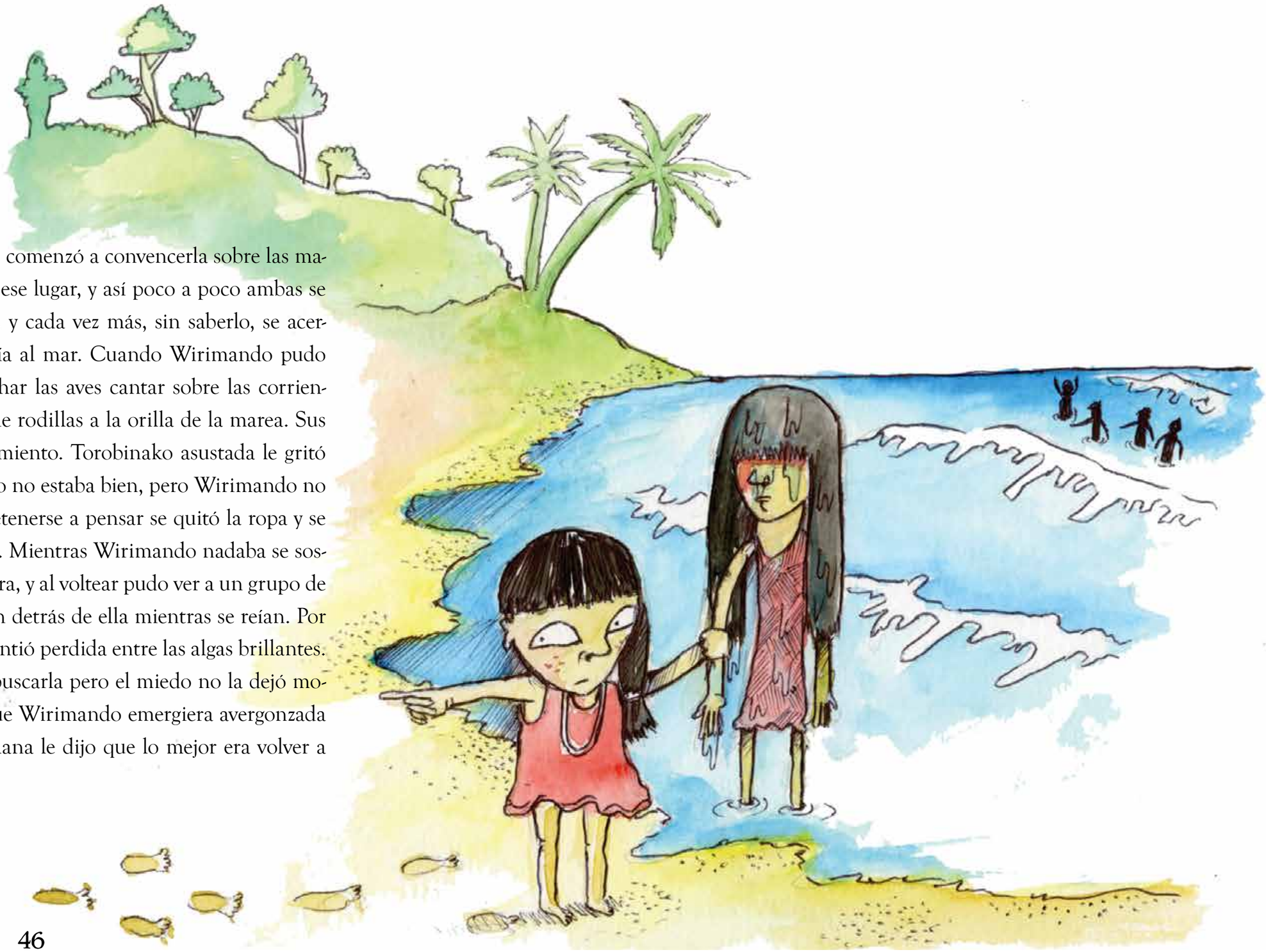
Torosidu y el nacimiento del mar

De nuevo Kororomani y toda la comunidad padecían los tormentos de la sequía, el calor rodeaba sus cuerpos como anillos de fuego, y nadie quería salir de las sombras protectoras que brindaban los árboles. De pronto escucharon el sonido lejano de una flauta; la música era suave y dulce, e imaginaron que se trataba de alguien pacífico. Kororomani y Nakahedami se internaron en la selva, allí pudieron ver una casa grande y circular. Al acercarse más, distinguieron a un hombre que entre sus plumas escondía una flauta. Esa era la casa del hombre-pájaro Torosidu. En esa época las personas también eran pájaros y poblaban gran parte del mundo.

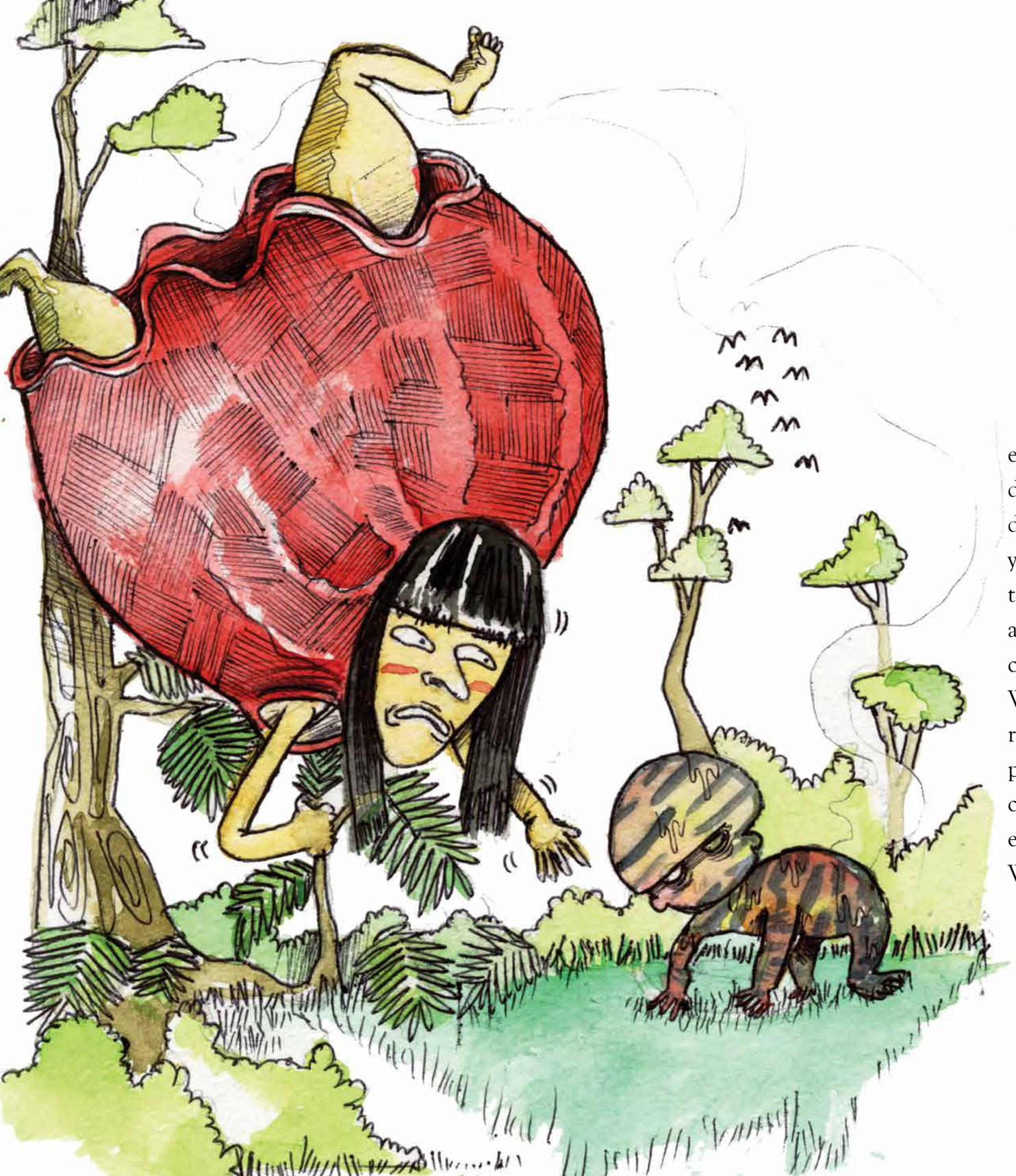
Kororomani y Torosidu se hicieron grandes amigos. Torosidu le contó los misterios de la música y el arte de tocar la flauta; por su parte, Kororomani le narró grandes historias sobre su pueblo, especialmente de cómo habían llegado al mundo inferior. Juntos viajaron por la selva y recolectaron muchos frutos de los árboles. Pero lo más importante para Kororomani seguía siendo encontrar agua, y pensó que Torosidu podría saber algo, ya que conocía todos los secretos de la naturaleza. Un día recorriendo las llanuras, Kororomani le dijo: "Mi querido amigo Torosidu, ayúdame, tengo una necesidad". Torosidu le preguntó: "¿Cuál necesidad tienes? Kororomani secamente respondió: "Quiero agua". El hombre-pájaro viéndolo a los ojos lo tomó del brazo y alzó vuelo. Emocionado llevó a Kororomani muy lejos de la selva, detrás de las montañas que rodeaban la tierra. Cuando llegaron a donde parecía inclinarse el cuerpo del cielo, Kororomani pudo ver el mar girando serenamente en medio de las arenas blancas y unido a los grandes ríos que vivían en el mundo. En ese momento nació el mar.

Las hermanas de Kororomani

Kororomani tenía dos hermanas, la mayor se llamaba Wirimando y las más jovencita Torobinako. Ellas habían escuchado noticias sobre el mar y sus grandes afluentes. Cuando Kororomani se fue a talar y a limpiar una parte de la selva para poder sembrar, les dijo a sus hermanas que no podían ir a bañarse al mar. Para evitarlo las llevó a una pequeña laguna que estaba cerca. Kororomani creía que el mar era un regalo que le había hecho Torosidu solamente a él, y en su egoísmo no quería que nadie supiese el secreto. Sin embargo, ese día Wirimando no estaba contenta bañándose en la laguna, y le decía a su hermana que deseaba conocer las grandes olas y sentir la fuerza del agua rodeando su cuerpo. Torobinako la veía con temor y le recordaba que Kororomani no quería que fueran al mar.

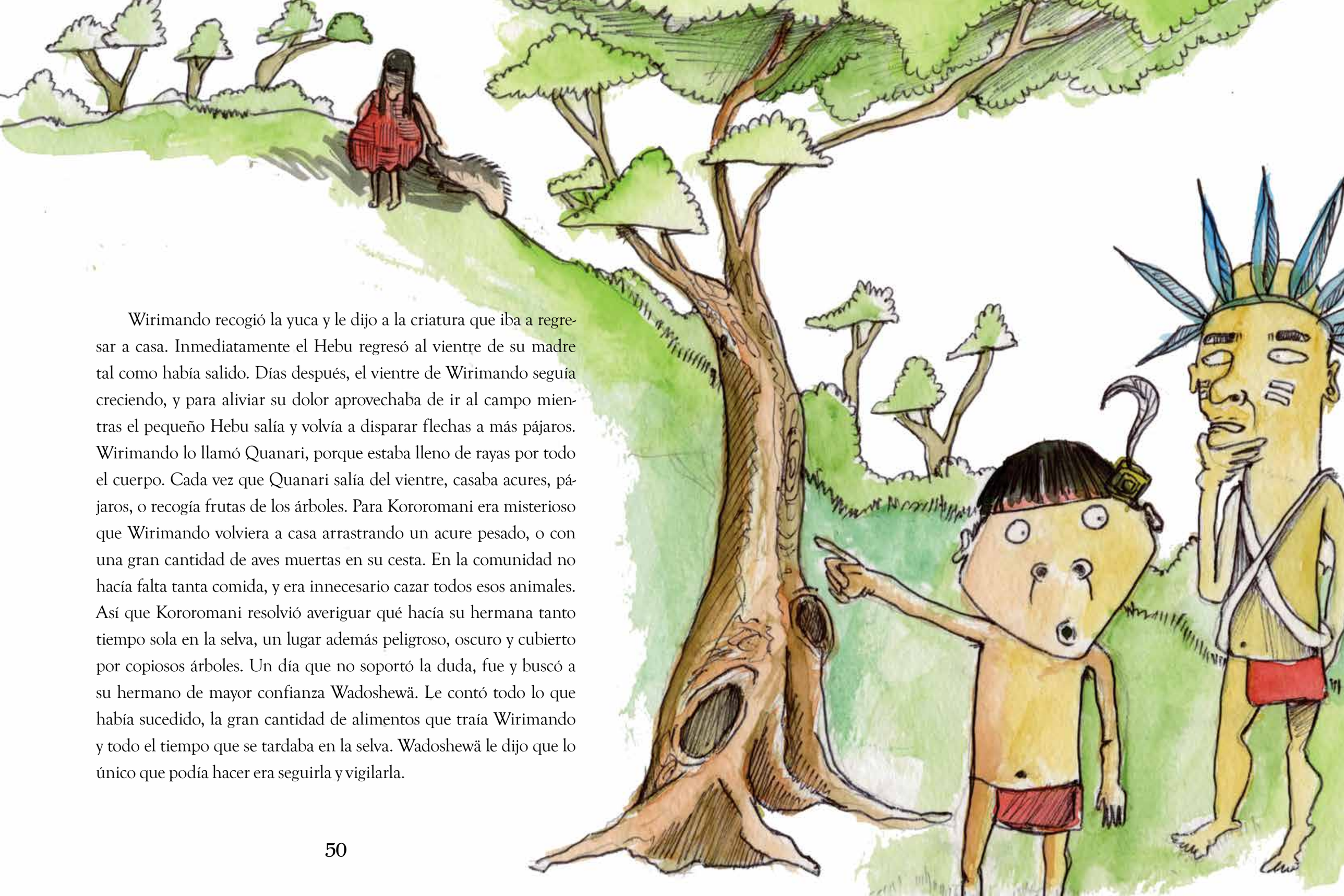


Sin embargo, Wirimando comenzó a convencerla sobre las maravillas que podían existir en ese lugar, y así poco a poco ambas se fueron alejando de la laguna, y cada vez más, sin saberlo, se acercaban al camino que conducía al mar. Cuando Wirimando pudo oler el intenso salitre y escuchar las aves cantar sobre las corrientes, corrió con fuerza y cayó de rodillas a la orilla de la marea. Sus ojos eran un paisaje en movimiento. Torobinako asustada le gritó que desobedecer a su hermano no estaba bien, pero Wirimando no contuvo sus impulsos y sin detenerse a pensar se quitó la ropa y se metió en las espumosas aguas. Mientras Wirimando nadaba se sostuvo sobre un tronco de madera, y al voltear pudo ver a un grupo de hombres blancos que nadaban detrás de ella mientras se reían. Por un momento Wirimando se sintió perdida entre las algas brillantes. Torobinako intentó entrar a buscarla pero el miedo no la dejó moverse. Pasó un tiempo para que Wirimando emergiera avergonzada y volviera a la orilla. Su hermana le dijo que lo mejor era volver a casa.

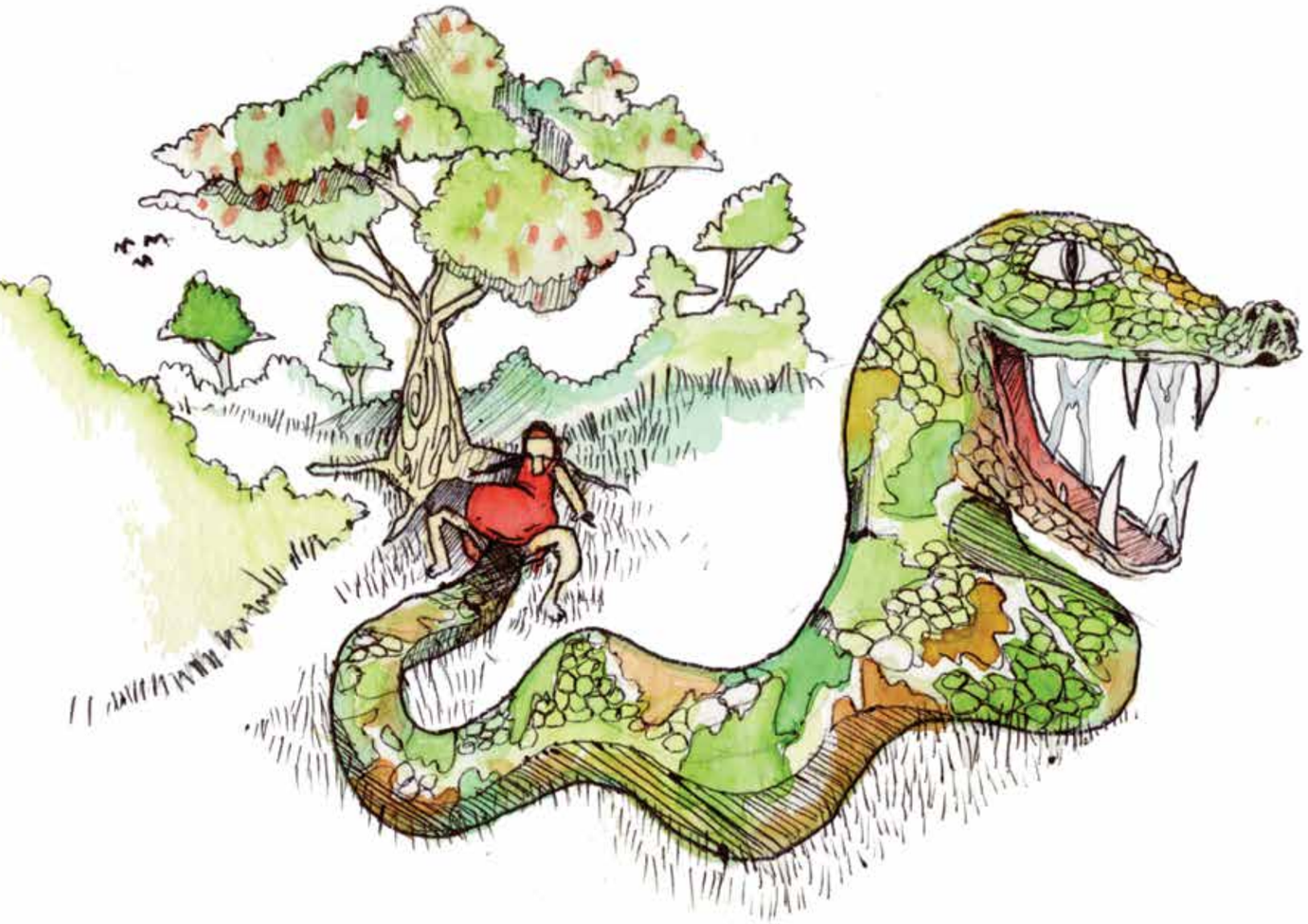


Quanari el hijo de Wirimando

Pasaron dos noches y Wirimando se dio cuenta de que estaba embarazada. Su vientre comenzaba a inflarse como una esfera, y ella debía sujetarse de los árboles y de las raíces para no flotar. A pesar de ello, continuaba ayudando a su familia, yendo a recoger frutos y leña. Cuando salió a buscar yuca, a duras penas se podía levantar y por este motivo tardó mucho más de lo normal en regresar a su casa. Por el camino, los dolores de parto la tomaron de pies a cabeza, y se detuvo para dar a luz. El niño que salió del vientre de Wirimando era muy astuto, en el mismo momento que pisó la tierra vio a todas partes y disparó una flecha invisible a un grupo de pájaros que anidaban en la cima de un árbol. Su madre no entendía cómo aquella criatura podía hacer eso. Este niño no era humano, era un Hebu (espíritu malo) que se había alojado en el vientre de Wirimando todo ese tiempo con el fin de cobrar vida.



Wirimando recogió la yuca y le dijo a la criatura que iba a regresar a casa. Inmediatamente el Hebu regresó al vientre de su madre tal como había salido. Días después, el vientre de Wirimando seguía creciendo, y para aliviar su dolor aprovechaba de ir al campo mientras el pequeño Hebu salía y volvía a disparar flechas a más pájaros. Wirimando lo llamó Quanari, porque estaba lleno de rayas por todo el cuerpo. Cada vez que Quanari salía del vientre, casaba acures, pájaros, o recogía frutas de los árboles. Para Kororomani era misterioso que Wirimando volviera a casa arrastrando un acure pesado, o con una gran cantidad de aves muertas en su cesta. En la comunidad no hacía falta tanta comida, y era innecesario cazar todos esos animales. Así que Kororomani resolvió averiguar qué hacía su hermana tanto tiempo sola en la selva, un lugar además peligroso, oscuro y cubierto por copiosos árboles. Un día que no soportó la duda, fue y buscó a su hermano de mayor confianza Wadoshewä. Le contó todo lo que había sucedido, la gran cantidad de alimentos que traía Wirimando y todo el tiempo que se tardaba en la selva. Wadoshewä le dijo que lo único que podía hacer era seguirla y vigilarla.



El hombre-serpiente

Wadoshewä era uno de los más jóvenes hermanos de Kororomani, y poseía una gran habilidad para memorizar los caminos de la selva. Sus ojos se habían acostumbrado a recorrer todos los rincones del mundo conocido. Aunque temía a la noche y a la oscuridad. Wadoshewä escogió varios días para seguir a Wirimando, las primeras veces que intentó perseguirla, ella como por arte de magia, desaparecía de su vista, y lo dejaba solo en medio de la inmensa selva, o al borde de profundos precipicios. Pero un día el joven calculó bien sus planes, y no perdió de vista a Wirimando, recorriendo durante mucho tiempo intrínsecos caminos. De repente, en medio de la selva se abrió un hueco, y Wirimando se acercó a un claro donde se erguía un árbol frutal. De pie, frente a las coloridas frutas, abrió lentamente sus piernas y una gruesa serpiente comenzó a salir lentamente de su vientre. Aquella criatura estaba llena de manchas marrones y verdosas y en su boca podían caber tres seres humanos. Su aspecto feroz aterrorizó a Wadoshewä, que se escondió inmediatamente detrás de unos troncos podridos.

La serpiente comenzó a subir hacia la copa del árbol, y cuando todo su siniestro cuerpo cubrió la cima dejando una sombra voluptuosa extendida sobre la tierra, se transformó poco a poco en un hombre y le habló a Wirimando de esta manera: "Madre, hay muchas frutas aquí". Y con una fuerza descomunal sacudió el árbol y echó abajo todo. En esos momentos, un grupo nutrido de pájaros vieron desde las alturas a Wadoshewä y empezaron a volar a su alrededor formando un gran alboroto. Wirimando se asustó y le ordenó a Quanari que se bajara. El hombre-serpiente se negó a hacerlo, extasiado por la cantidad de frutas que había en el árbol. El alboroto hecho por los pájaros fue tan grande, que Wirimando temiendo que alguien descubriese su secreto, gritó con más fuerza a Quanari para que le obedeciera. Sólo de esta manera comenzó a bajar del árbol convertido de nuevo en serpiente, y se fue metiendo en el vientre de Wirimando. Horrorizado, Wadoshewä contuvo un grito de angustia y se mordió la boca hasta sangrar. Wirimando desapareció en la selva con sus cestas cargadas de frutas, y los pájaros se alejaron en bandadas mientras comenzaba a desaparecer la luz del sol.

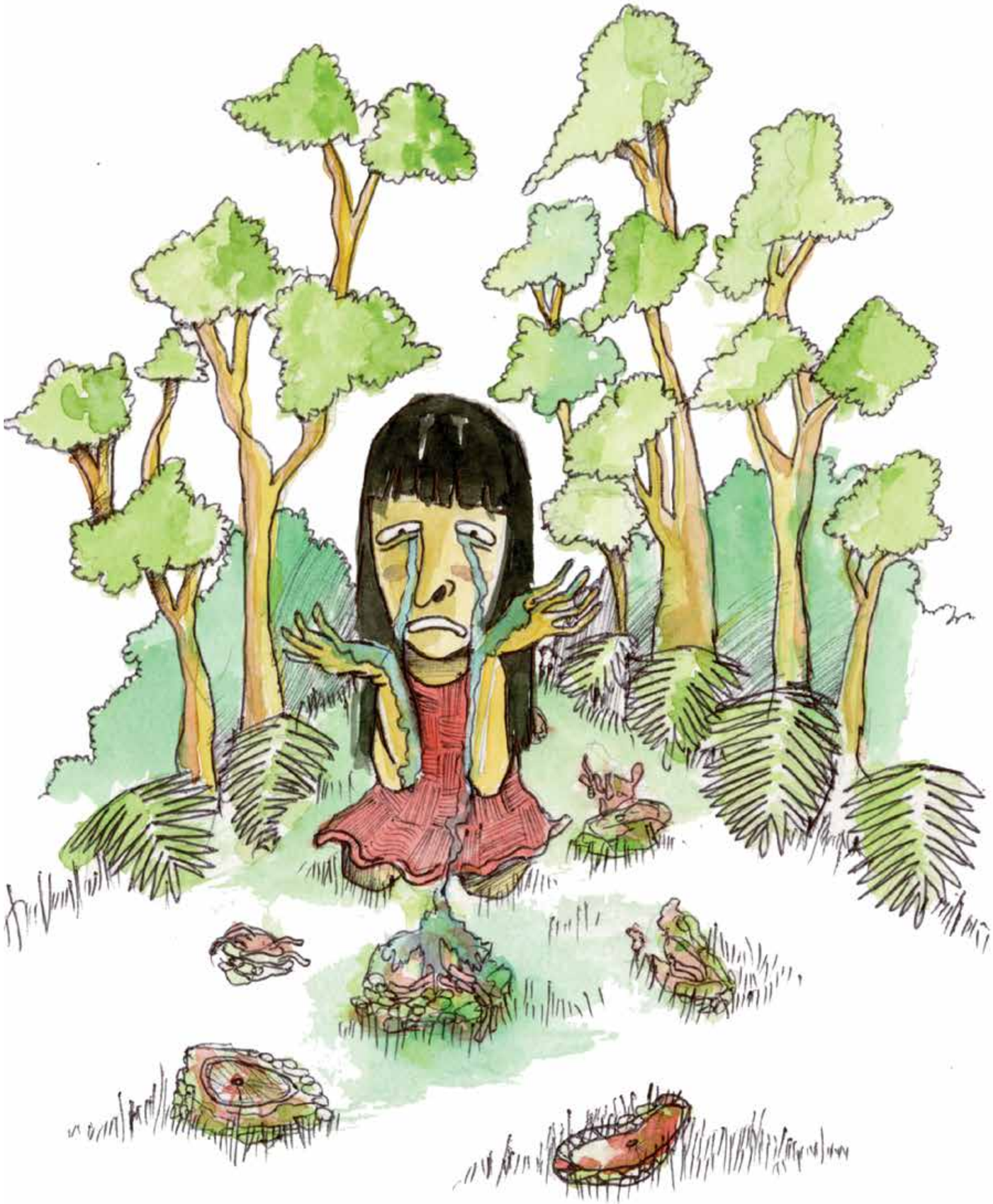
El fin de Quanari

Los días pasaron, y Wadoshewä no sabía cómo contar a Kororomani su horrible descubrimiento. Las noches eran pesadas y por lo general el pobre Wadoshewä terminaba teniendo una pesadilla, en la cual su delgado cuerpo era estrangulado y devorado por la enorme serpiente, que llegaba a un tamaño tal, que su lengua estirada alcanzaba a saborear la luna, amenazando con tragarla. Kororomani estuvo todos esos días tratando de sacarle información a su hermano, pero no tuvo éxito. Wadoshewä sólo quedaba en silencio y comenzaba a sudar frío y a temblar como poseído por un espíritu maligno. Su espanto era tan grande que desde el día de su hallazgo, cada vez que veía a Wirimando regresar de la selva, su piel se hacía blanquecina y el aterrorizado Wadoshewä quedaba paralizado sin emitir gestos. Fue entonces cuando Kororomani se decidió ir a investigar qué pasaba con Wirimando, y así se lo hizo saber a su hermano.

Wadoshewä temiendo la muerte de Kororomani, venció su miedo y le contó todo. Narró con lujo de detalles su espantosa visión, y especificó que la serpiente prefería un frondoso árbol ubicado en la selva, cuyos frutos eran un deleite para Wirimando. Entonces Kororomani decidió que lo mejor era darle muerte a la horrible serpiente. El plan de los hermanos era hacer la mayor cantidad de flechas posibles, porque aquella criatura siniestra poseía unas medidas descomunales, y eran necesarias flechas fuertes y envenenadas para acabar con ella. Días y noches estuvieron fabricándolas, y cuando Wirimando les preguntaba para qué hacían tantas, ellos sólo respondían que estaban preparando una gran casería. Sin sospechar, Wirimando se fue a la selva muy de mañana. Recorrió los mismos caminos por los que podía llegar al árbol frutal. Todos los animales de la selva conocían sus pasos, y sabían que pronto haría su aparición la serpiente más grande que existía sobre la tierra. Sus ojos eran más grandes que una cabeza humana, y sus colores manchados la hacían prácticamente invisible en las cimas de los árboles.

Como siempre Wirimando abrió sus piernas frente al árbol, y la cabeza grotesca de Quanari se asomó desde su vientre. Kororomani y Wadoshewä la habían seguido desde la casa, y sigilosamente se ocultaron en un lugar seguro. Pero de nuevo el grupo de pájaros se expandió por el cielo, haciendo un estruendo terrible que asustó a Wirimando. La mujer empezó a gritar a Quanari para que se bajara y volviera a ocultarse en su vientre. Esta vez la serpiente no se negó, y como una ola verdosa bajó de las alturas. Kororomani sabía que ese era el momento para disparar sus flechas, y le ordenó a Wadoshewä que se preparara.

Cuando la serpiente se acercó al vientre de Wirimando, los dos hermanos abrieron fuego, atravesaron el cuerpo de Quanari con flechas envenenadas, los ojos explotaron en sangre y bañaron totalmente el cuerpo de Wirimando. La criatura con un hondo quejido fue cerrando su boca lentamente en una agonía mortal, mientras los pájaros que rondaban el cielo, bajaban desesperados a picotear el cuerpo moribundo, arrancándole pedazos de piel. Cuando Kororomani y Wadoshewä vieron que ya Quanari estaba muerta, salieron de sus escondites armados con filosos machetes y la cortaron en pedazos. Algunos trozos fueron enterrados por ser demasiado grandes, y otros más pequeños fueron esparcidos por toda la tierra. Mientras esto ocurría, Wirimando corría por la selva dejando tras sus pasos, huellas sangrientas y pegajosas.

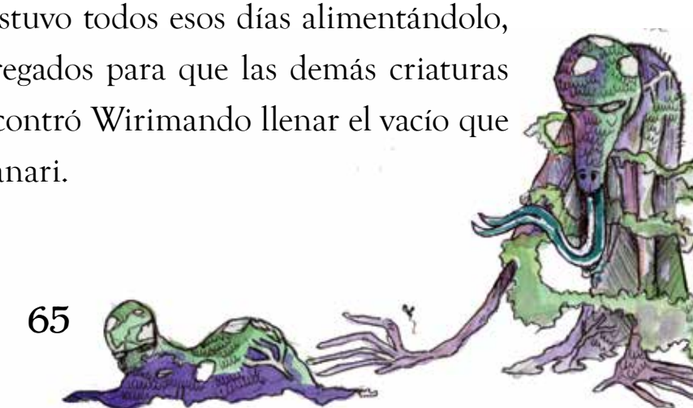


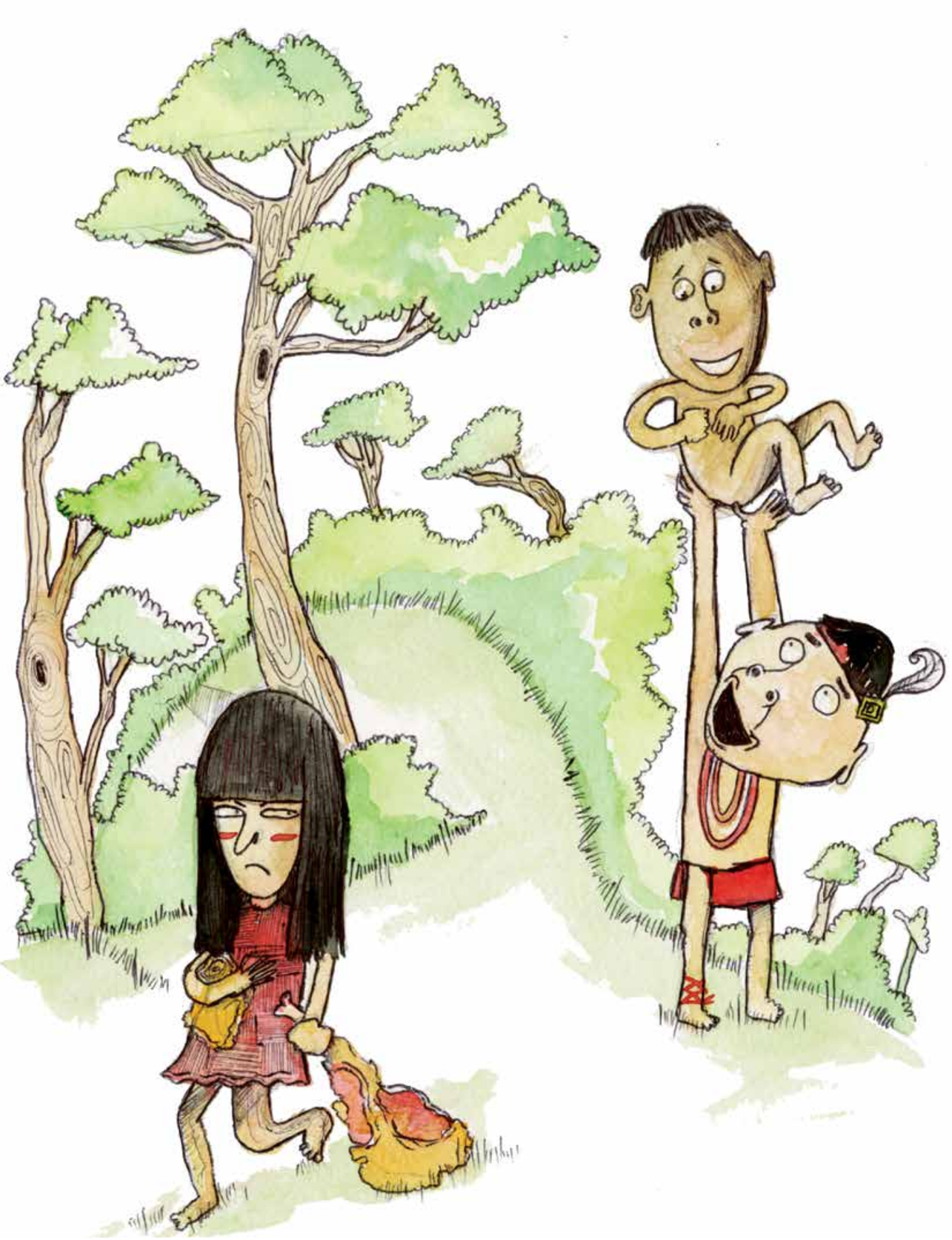
La maldición de la serpiente

Las noches pasaban en paz, y ya los terrores de Kororomani y Wadoshewä se habían ido para siempre. Wirimando por su parte continuaba caminando sin rumbo por la selva, llena de dolor por haber perdido a su hijo. No sabía cómo llenar el vacío que había quedado en su vientre y parecía ahogarse en los recuerdos de Quanari. Una noche húmeda Wirimando decidió regresar al árbol frutal, con la ilusión de que la serpiente siguiera con vida. Al llegar, sólo vio algunos restos esparcidos por todas partes. No pudo contener el torrente de lágrimas, y sus manos se inundaron de un azul triste y quejumbroso. Mientras trataba de olvidar la muerte de Quanari se puso a recoger los pedazos que logró encontrar, y los amontonó haciendo una pila pequeña. Trataba de evitar el llanto, pero un impulso vital se lo impedía, y bañó toda la pila de lágrimas. Su rostro había palidecido y se veía como una mancha blanca flotando en la oscuridad.

Queriendo recordar su vida junto a Quanari, buscó hojas de yuca y se puso a cubrir los restos, hasta taparlos completamente. Tres días con sus noches se mantuvo allí en soledad, rodeada de una amarga tristeza y calmando su dolor para poder regresar a casa con el corazón en paz. El día que decidió volver, Kororomani no le preguntó nada, y Wirimando entró de nuevo a su casa como si nada hubiese pasado, pero regresaba siempre a ver los restos de Quanari, y cambiaba las hojas de yuca esforzándose por mantener limpio los alrededores. Su ir y venir pasaba inadvertido para Wadoshewä y Kororomani. Sin embargo, algo extraño estaba formándose en medio de la selva, el silencio de las noches era interrumpido muchas veces por el llanto de Wirimando y el sonido de las aves parecían presagiar algo espantoso. Los restos de Quanari cobraban vida, y todas las noches se retorcían ante los ojos asombrados de Wirimando, que creía que su hijo volvería algún día a su vientre.

La carne cada vez se hacía más hedionda, y el mal olor cubría todo la tierra. Los espesos gases viajaban por los aires y lo hacían pesados, y una neblina cubría la selva. Hasta que en una de esas noches Wirimando pudo ver cómo de los restos de carne, comenzaban a salir enormes gusanos gelatinosos, largos y espantosos. Ella pensó que era el alma de Quanari que volvía, mientras los gusanos se hacían más grandes y se hinchaban llenos de sangre, traspasados por venas zigzagueante, se iban formando pequeños cuerpos de seres deformes y babosos. Daban la impresión de ser humanos, pero sus gestos los hacían horribles. Poseían lenguas de serpientes y pieles manchadas, sus dedos eran alargados y deformes, al igual que sus rostros. Se retorcían mientras lloraban y abrían su oscuras bocas pidiendo comida. Wirimando se había quedado dormida en el matorral, y cuando despertó escuchó el llanto de uno de estos seres. Distinguió un niño-serpiente con una lengua azul que le colgaba de la boca. Ella no se asustó, y estuvo todos esos días alimentándolo, y dejando pedazos de carne regados para que las demás criaturas comieran. De esta manera encontró Wirimando llenar el vacío que había dejado la muerte de Quanari.



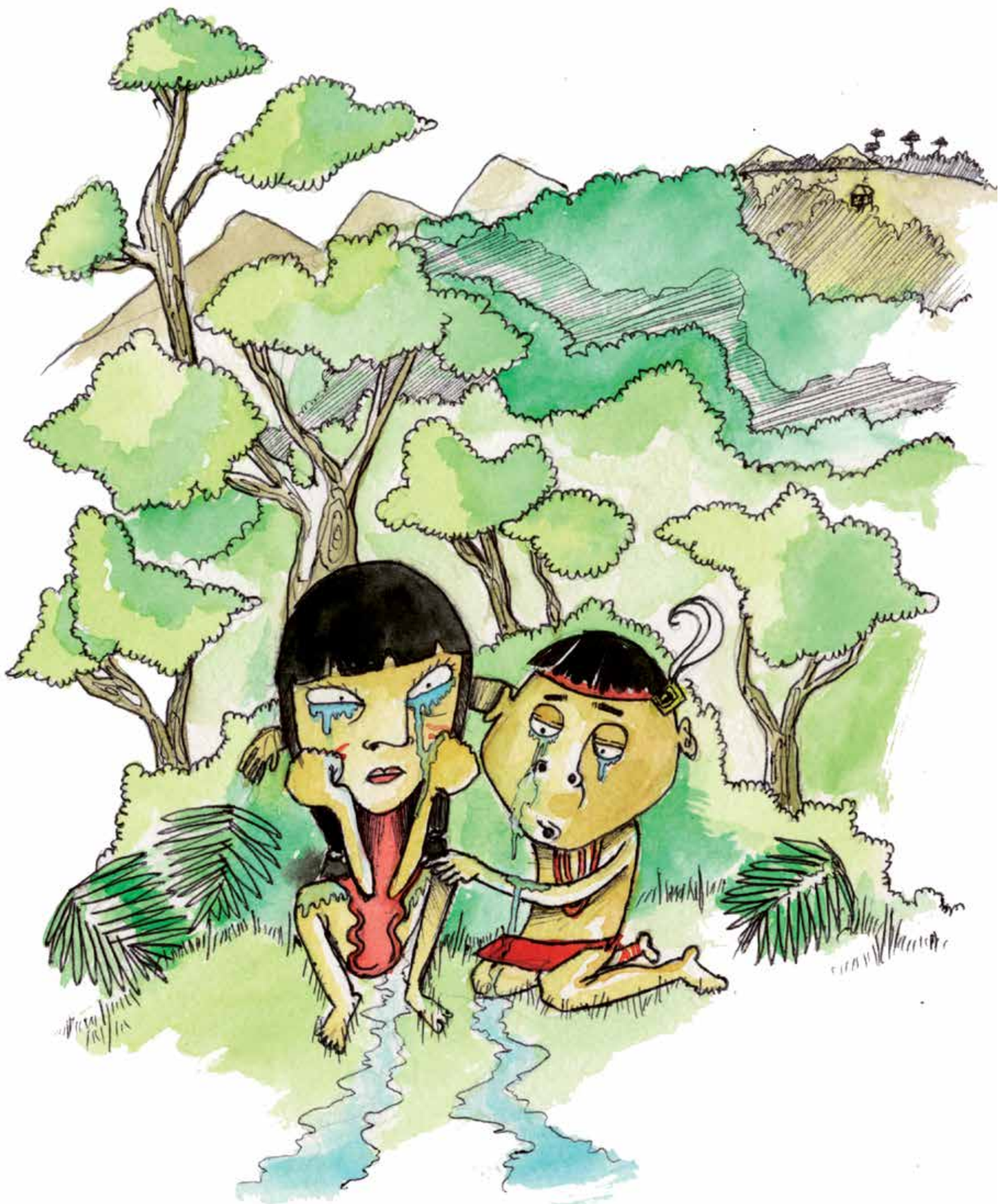


El hijo de Kororomani

Un buen día Kororomani y Nakahedami tuvieron un hijo, al que llamaron Uuwä. Ellos lo habían estado esperando durante mucho tiempo, y Kororomani se sintió tan feliz que construyó nuevas hamacas. Uuwä era un niño saludable y había decidido desde su nacimiento estar siempre sonriente, haciéndose agradable a la mirada y el cuidado de todos. Una de las sorprendidas ante la noticia fue Wirimando, quien en los últimos meses no había visto a Nakahedami, y no se imaginaba que estaba embarazada. La primera vez que Wirimando vio a su sobrino Uuwä regresaba de la selva a casa de Kororomani buscando carne para su niño-serpiente.

La mujer observó a Uuwä mientras este se mecía en la hamaca y movía sus manos inocentemente. Wirimando llena de resentimientos y poseedora de una envidia que la consumía, sintió asco por Uuwä y deseó hacerlo sufrir, descargando todo su odio sobre el pequeño cuerpo. Ese día Kororomani no estaba cerca de su hijo, porque muy de mañana se había ido al río a pescar, y Nakahedami limpiaba unas frutas en el patio de la casa. Wirimando aprovechó la ocasión, y con saña le introdujo los dedos en los ojos, pero no pudo hacerle daño, Uuwä comenzó a llorar al sentir la maldad tan cerca, y el llanto dio aviso a Nakahedami, que al entrar a la casa vio cómo Wirimando alejaba su sombra de la entrada, llevando entre sus manos un pedazo de carne. Cuando Kororomani volvió del río se encontró con Nakahedami asustada meciendo a Uuwä, pero no le preguntó nada, creyendo que eran las tormentas de truenos que se aclinejaban en los cielos lo que la habían asustado.

Wirimando y su envidia seguía creciendo, y mientras alimentaba al niño-serpiente pensaba cómo hacer sufrir a Kororomani. Con el odio brotándole de los ojos como ráfagas de fuego, Wirimando decidió que se debía vengar matando a Uuwä. Pero esto no era suficiente, debía matarlo y dárselo al niño-serpiente para que lo devorara. Salió de la espesa selva planeando el asesinato y maldiciendo la vida de Uuwä. Pasaron tres días, y el momento era ideal para Wirimando. Uuwä estaba solo en la hamaca, jugando con una maraca de su padre, mientras Nakahedami y Kororomani preparaban un acure en el patio. Wirimando secuestró a Uuwä, lo condujo a los matorrales, y lo asesinó. Para culminar lo llevó para que el niño-serpiente gustosamente se lo comiera.



Los últimos días

La desolación llegó a la vida de Kororomani y Nakahedami, las tormentas de la noche y la oscuridad se apoderaron de sus vidas. La perdida de Uuwä les abrió un abismo en el corazón. Y sus lágrimas y lamentos no se igualaban en abundancia con los sinuosos ríos y las tempestuosas olas del mar. Al parecer la selva era la culpable de todo, ella se había tragado al pequeño Uuwä para siempre. Kororomani creía que en algún momento los espíritus de la selva lo habían raptado. Por su parte Wirimando se había marchado a vivir con un hombre misterioso que tenía una casa muy alejada del valle. Nadie la había visto en días, pero algunos contaban que la mujer se la pasaba con cestas llenas de carne caminado por la selva, que sus ojos se habían vuelto huecos y su cara había perdido cualquier tipo de expresividad. Por lo general no hablaba con nadie, y sus cabellos habían perdido el brillo de la juventud.

Una noche en la cual la tristeza de Kororomani parecía conducirlo a la muerte, Nakahedami comenzó a sentir un dolor hondo en el pecho, y una sospecha apareció como una aguja en su mente. Recordó el día en que Wirimando había conocido a Uuwä, y el llanto repentino del niño. Se dijo así misma que Wirimando podía en venganza haber planeado la muerte de su hijo. Entonces salió a buscar a Kororomani, que gritaba a los espíritus malignos maldiciones. Nakahedami le dijo sus sospechas sobre Wirimando, le contó que Uuwä le temía. Así convenció a Kororomani y le pidió que averiguara sobre el paradero de Wirimando. Era muy sospechoso para Nakahedami que su cuñada hubiera desaparecido después de la muerte de Uuwä. Al día siguiente, muy temprano, Kororomani salió a buscar la casa donde vivía Wirimando. Tardó en llegar a las riberas más alejadas del valle.

Los alrededores de la casa estaban todos manchados de sangre, hilos rojos y viscozos que conducían a la selva. Kororomani llamó a Wirimando pero nadie dio respuestas. No había nadie, sólo los chinchorros se mecían en la soledad, parecía una casa abandonada. En el piso distinguió más sangre seca, que lo llevaron al patio trasero. Allí un grupo de ollas olvidadas parecían esconder algo. Al destaparlas, Kororomani encontró llena de pimienta la cabeza de su pequeño Uuwä, en otra olla más grande se asomaban las piernas y los brazos. Su impresión fue tal, que cayó de rodillas casi sin sentido, y sus ojos se hicieron una nebulosa blanquecina. Allí permaneció con la cabeza entre las manos, haciendo muecas horribles de dolor. Recogió los restos de Uuwä y regresó a casa. Nakahedami al ver los restos de su hijo, se convirtió en una sombra y quedó muda durante mucho tiempo. Pero Kororomani impulsado por un fuego de ira, fabricó junto a Wadoshewä todas la flechas que pudo, y armó y limpió sus arcos.

Wadoshewä narró a Kororomani historias extrañas sobre la selva. Le dijo que se escuchaban gritos y sollozos, y que muchas personas afirmaban haber visto seres con aspecto de serpiente escondidos entre los árboles. La única (según Wadoshewä) que caminaba tranquila de día y de noche por la selva, era Wirimando. Luego de dos noches, Wadoshewä junto a Kororomani siguieron a Wirimando, la espiaron varios días mientras estaba en su casa, observando cada detalle. Vieron cómo Wirimando se internaba en la selva llevando cestas cargadas de carne. Parecía poseída por algún demonio, mientras a cada paso dejaba un hilo de sangre. El último día de persecución, sus ojos se hincharon como bolas de vapor cuando vieron a su hermana alimentando al niño-serpiente, y a todas las mujeres y hombres nacidos como gusanos de los restos de Quanari.

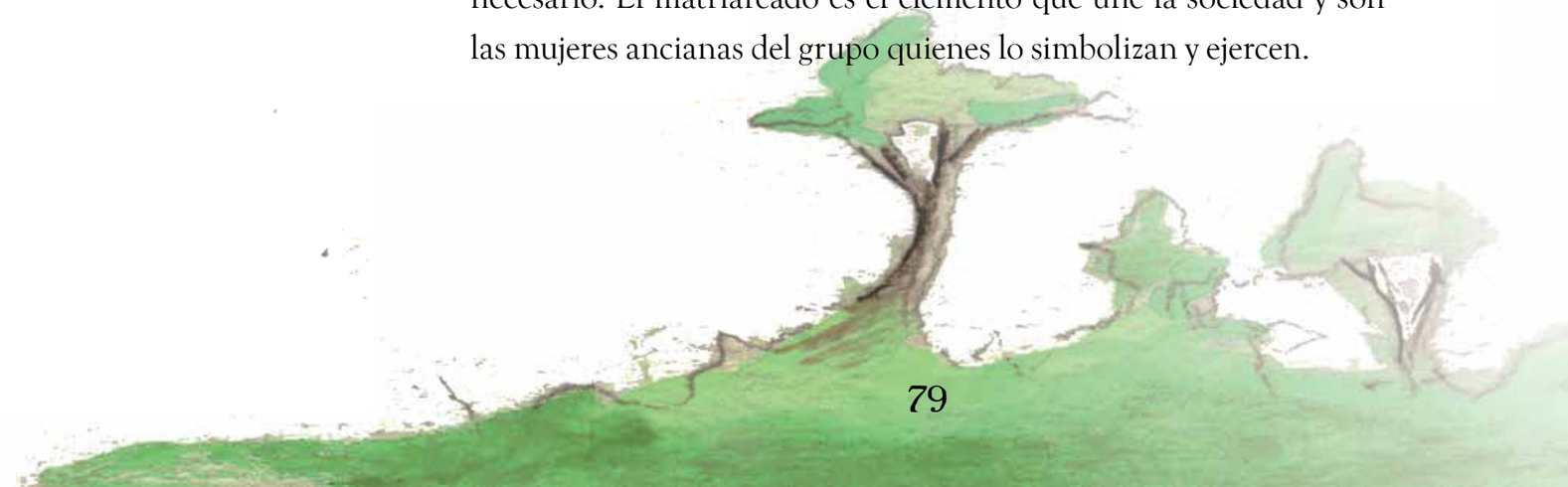
Nada sobre la tierra se parecía a aquellos seres babosos, con lenguas azuladas y pieles escamosas. Era una escena infernal, observaron cómo los animales de la selva estaban muertos alrededor, y los árboles ancestrales estaban cubiertos de sangre desde sus raíces. Kororomani vio una sombra espesa acercarse, y desde las profundidades de la selva comenzaron a aparecer las gentes serpientes. Con sus cuerpos deformes y sus dedos alargados se acercaron a Wirimando, tragando enteros pedazos de carne. De pronto una lluvia de flechas llovió de los cielos, Kororomani y Wadoshewä comenzaron a disparar, y todos los cuerpos deformados de las gentes-serpientes caían desplomados sobre la tierra, y se revolcaban con furia. Muerte era lo único que veían las aves que rondaban el cielo, pedazos de piernas y brazos volaban por todas partes, y los gritos de Wirimando estremecían el espacio.

La mujer corrió como loca intentando evitar que las flechas penetraran los cuerpos de sus amadas criaturas. Cuidaba desesperadamente al niño-serpiente, pero una flecha logró alcanzarlo y le abrió la cabeza como una roseta. Wadoshewä logró arrebatárselo y le dio muerte con su machete. En ese momento, Kororomani disparó un grupo nutrido de flechas contra Wirimando, la mujer cayó muerta, y lo último que pudo ver fue la sombra de Kororomani perdiéndose en la selva. Luego de seis noches, la vida sobre el mundo de entonces estaba en paz, y de nuevo las personas caminaron por la selva, y los ríos florecieron como afluentes en los mares, y la oscuridad tuvo menos espacio en el mundo, y el dios Kuaimare se elevó muy alto en los mares del cielo.

Los waraos

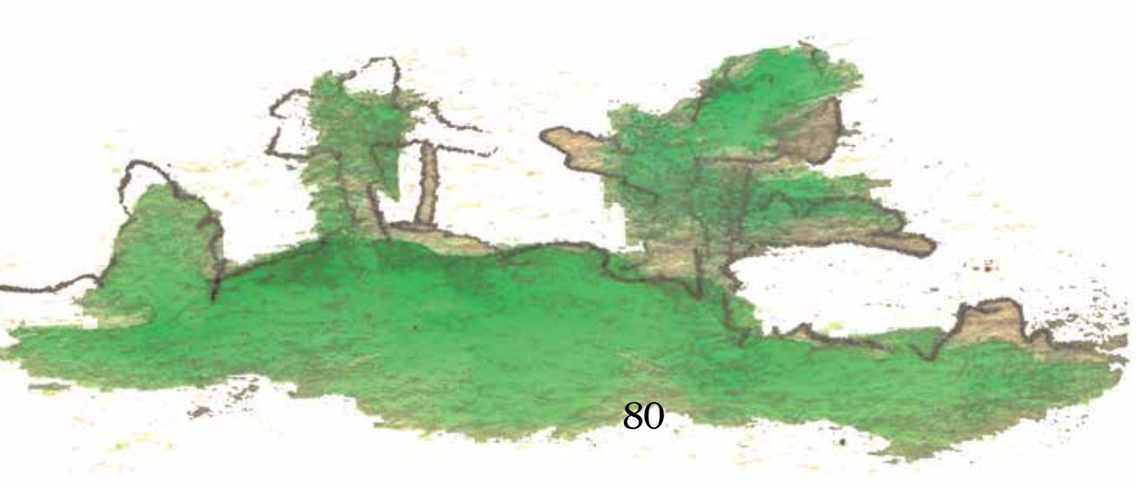
La gente de agua o waraos forman parte de la diversidad de pueblos originarios de Venezuela, y su historia se remonta a miles de años a.C. Vivieron al inicio en las costa del país, pero estos territorios fueron ocupados por los caribes, arawacos y caquetíos, pueblos guerreros. Los waraos caracterizados por una vida pacífica y sosegada decidieron migrar al sur del territorio, y de esta manera llegaron al Delta y a las desembocaduras del río Orinoco.

Sus extensas familias se constituyen y mantienen en el tiempo gracias a una elevada organización social, caracterizada por la armonía con la naturaleza y en la cual las relaciones entre suegros (as) yernos (as) es fundamental. Los hombres se dedican a la agricultura, la pesca, y la caza, siendo los encargados de llevar alimentos al núcleo familiar. Para ello se organizan en grupos de cazadores, los cuales conscientes de formar parte de la naturaleza sólo toman de ella lo necesario. El matriarcado es el elemento que une la sociedad y son las mujeres ancianas del grupo quienes lo simbolizan y ejercen.



Su cultura es rica en mitos y leyendas que alimentan sus creencias y refuerzan sus valores identitarios. Estos cuentos se han trasmitido oralmente de generación en generación, y refieren a la creación del mundo y a las primeras personas que lo habitaron. En estos relatos los animales son seres sagrados poseedores de espíritu y rasgos humanos. El tigre ocupa un lugar relevante ya que los waraos lo consideran un animal mágico. Para ellos la tierra es un gran disco que flota sobre el mar, y los dioses de la selva son los protectores y creadores de toda la vida. Kuaimare (el dueño del mar superior) es el más poderoso de los dioses. Esta mitología y cosmovisión constituye el principal patrimonio de la gente warao, y los identifica como pueblo.

EL EDITOR



Índice

El primer mundo de la tierra 9
El nacimiento del día y la noche (I y II) 11
El pájaro mágico 17
El descenso de Kororomani 21
El viaje al mundo inferior 25
El nacimiento de la maldad 29
Killicow y el agua invisible 33
La primera inundación del mundo 37
Torosidu y el nacimiento del mar 41
Las hermanas de Kororomani 45
Quanari el hijo de Wirimando 49
El hombre-serpiente 53
El fin de Quanari 57
La maldición de la serpiente 63
El hijo de Kororomani 67
Los últimos días 71
Los waraos 79

Edición digital
diciembre de 2016
Caracas - Venezuela.

Cuento

Kororomani. (El inicio warao)

Cuando todo el mundo nacía, los mares, la tierra, los días y las noches, los seres humanos eran pájaros con poderes mágicos que habitaban imponentes paisajes cruzados por ríos, montañas y llanuras. Kororomani era uno de estos hombres waraos que pisó la tierra con el día y la noche capturados en dos botellas, antes de él no había ni luz, ni oscuridad. Pero el amor también nacía con el mundo, y por ese amor, Kororomani renunció a sus dos botellas. Desde allí todo lo no creado se creará, y la gente warao iniciará su tránsito sobre el gran disco flotante que es la tierra, protegidos por sus dioses y rodeados de animales mágicos y espíritus malignos que también darán vida a la maldad y a la muerte.

Edgar Abreu (Valera, 1987)

Estudió Artes Visuales en la Escuela Cristóbal Rojas, mención Arte Puro. Ha participado en diversos talleres de creación literaria, y encuentros en el pais. Le gusta el deporte, la música, el cine y las expresiones artísticas. Actualmente estudia Comunicación Social, y trabaja como investigador.

Henry Rojas (Caracas, 1988)

Fotógrafo, ilustrador y muralista. Es técnico medio en Tecnología Gráfica Industrial, y se encuentra culminando la licenciatura en Artes Plásticas, mención Artes Gráficas. En esta área ha desarrollado una investigación donde convergen diferentes disciplinas artísticas, pintura, ilustración, fotografía, gráfica tradicional, medios digitales y el graffiti, trascendiendo los formatos convencionales hacia un trabajo en constante actualización.

9 789801 432807

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

Feliz Navidad 2016